

FRANCISCO SIGUE A JESÚS

FRANCISCO MARTÍNEZ FRESNEDA

RECIBIDO: 23/04/2023

ACEPTADO: 28/04/2023

RESUMEN:

Este artículo trata de las actitudes y comportamientos que Jesús exige a sus discípulos según la exégesis histórico crítica y redaccional de los Evangelios y cómo Francisco, también como discípulo doce siglos después, los practica fielmente. Francisco sigue a Jesús aceptando la fraternidad como la relación común en la que se experimenta lo que Jesús enseña a sus discípulos: estilo de vida itinerante en el que les va introduciendo en la vida nueva del Reino de Dios. Y la vida nueva que escucha y obedece la revelación del Dios de Jesús, hace que amen a todos sin usar la ley de la venganza; por tanto que eviten las ofensas, los juicios condenatorios y la violencia, manteniendo una relación pacífica con los marginados de todo tipo que se da en la convivencia común, etc. Hay que aceptar las cruces que entraña el servicio humilde y gratuito con los demás, que supone perder la vida, entendida como centro de intereses y objetivos personales.

PALABRAS CLAVE: Francisco, Jesús, Evangelio, Itinerancia, Comportamientos, Muerte, Cruz

ABSTRACT:

This article deals with the attitudes and behaviors that Jesus demands of his disciples according to the historical-critical and editorial exegesis of the Gospels and how Francis, also as a disciple twelve centuries later, faithfully practices them. Francis follows Jesus, accepting brotherhood as the common relationship in which what Jesus teaches his disciples is experienced: an itinerant lifestyle in which he introduces them to the new life of the Kingdom of God. And the new life that listens to and obeys the revelation of the God of Jesus, makes them love everyone without using the law of revenge; Therefore, they should avoid offenses, condemnatory judgments and violence, maintaining a peaceful relationship with the marginalized of all kinds that occurs in common coexistence, etc. We must accept the crosses that come with humble and free service to others, which means losing life, understood as the center of personal interests and objectives

KEYWORDS: Francis, Jesus, Gospel, Itinerancy, Behaviors, Death, Cross

INTRODUCCIÓN

Los Escritos y las Biografías de Francisco atestiguan su seguimiento y configuración con Jesús, además de todos los testimonios de su tiempo: «Yo, el hermano Francisco, el pequeñuelo, quiero seguir la vida y la pobreza de nuestro altísimo Señor Jesucristo y de su santísima Madre»; «Me sé de memoria a Cristo pobre y crucificado. No necesito nada más». «Bien lo saben cuantos hermanos convivieron con él: qué a diario, qué de continuo traía en sus labios la conversación sobre Jesús; qué dulce y suave era su diálogo; qué coloquio más tierno y amoroso mantenía. De la abundancia del corazón hablaba su boca, y la fuente de amor iluminado que llenaba todas sus entrañas, bullendo saltaba fuera. ¡Qué intimidades las suyas con Jesús! Jesús en el corazón, Jesús en los labios, Jesús en los oídos, Jesús en los ojos, Jesús en las manos, Jesús presente siempre en todos sus miembros. ¡Oh, cuántas veces, estando a la mesa, olvidaba la comida corporal al oír el nombre de Jesús, al mencionarlo o al pensar en él! Y como se lee de un santo: «Viendo, no veía; oyendo, no oía»¹.

El prof. Sebastián López, después de dedicar toda su vida al estudio y meditación de los Escritos del Seráfico, escribe: «Además de punto de partida radical y absoluto, Jesucristo es su cotidiano y constante ejemplo de vida. Vive mirándolo y contemplándolo para pintar la vida de su figura y de sus virtudes. Pocas cosas ha dejado él más claras que esta constante y terca preocupación de ser a imagen y semejanza de su Señor. Pocas sorprenden más en él que la humilde voluntad de imitación hasta el literalismo de las actitudes del Maestro. De hecho, lo más característico suyo, lo que distintivamente lo define, no es propiedad suya sino solo seguimiento, huellas del Hijo amado. ¡Cuánto hay de esto en Francisco de Asís! Pero hay más y mejor. Más que copiarlo, lo sigue. Y más que seguirlo, es impulsado, iluminado y encendido por el Espíritu Santo para que pueda seguirlo hasta el Padre (CtaO 51). Jesucristo, camino y huellas, pero también y sobre todo Caminante presente en la prisa de Francisco, pues el Señor ha querido estar siempre con sus fieles (Adm 1,22) y Él es quien hace y dice todo bien en el hombre»².

Este artículo trata de las actitudes y comportamientos que Jesús exige a sus discípulos según la exégesis histórico crítica y redaccional de los Evangelios y cómo Francisco, también como discípulo doce siglos después, las practica

¹ UltVol 1; 1C 115; cf LM 15,5; TC 13.

² LÓPEZ TALAVERA, S., *Francisco y Clara de Asís: La vida según la forma del santo Evangelio*, Murcia 2023, 48 (en adelante: *Francisco y Clara*); cf Tes 1-14; Adm 7, 4; 8, 3; 12, 1-3; RB 6, 1-6; 1C 84 y 115; 2C 105. 2C 105; LP 79.

fielmente. Francisco sigue a Jesús aceptando la fraternidad como la relación común en la que se experimenta lo que Jesús enseña a sus discípulos: estilo de vida itinerante en el que les va introduciendo en la vida nueva del Reino de Dios. Y la vida nueva que escucha y obedece la revelación del Dios de Jesús, hace que amen a todos sin usar la ley de la venganza; por tanto que eviten las ofensas, los juicios condenatorios y la violencia, manteniendo una relación pacífica con los marginados de todo tipo que se da en la convivencia común, etc. Hay que aceptar las cruces que entraña el servicio humilde y gratuito con los demás, que supone perder la vida, entendida como centro de intereses y objetivos personales.

1. LA ESCUCHA DEL EVANGELIO

Dios es el que llama a Francisco a una «vida nueva», pero el recorrido lo traza Jesús, porque él es el leproso³. Su convencimiento no proviene de la convivencia histórica con el Maestro, ni de un amor a los hombres nacido de una naturaleza bondadosa y tendente a hacer el bien. La fuente está en la fe en Jesús como Hijo de Dios⁴, como la última y definitiva Palabra que Dios dirige al hombre, según la apertura de la Carta a los Hebreos: «En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos»⁵. Y Francisco indica de nuevo su arranque histórico: «Esta Palabra del Padre, tan digna, tan santa y gloriosa, la anunció el altísimo Padre desde el cielo, por medio de su santo ángel Gabriel, en el seno de la santa y gloriosa Virgen María, de cuyo seno recibió la verdadera carne de nuestra humanidad y fragilidad»⁶.

Tras tres años buscando la forma para cumplir la voluntad del Señor, un día escucha en Misa el párrafo de la misión de los discípulos: «Y de camino proclamad que el reinado de Dios está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios. De balde lo recibisteis, dadlo de balde. No llevéis en el cinturón oro ni plata ni cobre, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón [...]»⁷. Francisco, después que el sacerdote le comenta el párrafo evangélico, exclama: «Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo de mi corazón anhelo poner en

³ LM 1,6; cf Mt 25,40; Prov 19,17.

⁴ RNB 23,5; cf 2CtaF 11; CartO 46.

⁵ Heb 1,1-2; cf Jn 11,18.

⁶ 2CtaF 4; RNB 22,36-41.

⁷ Mt 10,7-10; Lc 10,2-4; cf Mt 15,24; Hch 13,46; Mc 6,8s; Lc 9,3; 10,4,7; 1Cor 9,14.

práctica»⁸. Aquí se inicia un proceso que le dura toda la vida hasta la impresión de las llagas en La Avena y va a ser la propuesta que hace a sus seguidores y a la Iglesia: «La Regla y vida de los Hermanos Menores es ésta, a saber: observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo...»⁹.

Francisco, sin embargo, no sigue los elementos fundamentales que configuran las primeras comunidades cristianas. Los discípulos recorren toda Palestina después de la experiencia de la resurrección, cumpliendo el mandato de Jesús antes de ascender al Padre y recibir el Espíritu en Pentecostés¹⁰.

Pero el proceso que las configura es progresivo, sobre todo en la así llamada primera generación, que comprende desde la muerte de Jesús hasta los años 70. Sabemos que los discípulos abandonan a Jesús cuando lo apresan en el huerto de los Olivos, pero los encuentros de Jesús en Galilea los reúne de nuevo como alternativa a los Doce tribus de Israel y para afianzar en la historia la misión salvadora del Maestro¹¹. Otra cosa hacen María de Magdala y demás mujeres. No huyen ante la condena y muerte de Jesús, sino que lloran su muerte y se mantienen fieles¹². Según dice Pedro, el *acontecimiento* había empezado en Galilea, por eso los primeros que le siguen se le llaman galileos¹³, cuyos predicadores itinerantes asientan las incipientes tradiciones sobre la vida y doctrina de Jesús en pequeñas comunidades.

Los primeros discípulos regresan a Jerusalén y establecen las comunidades cristianas, por lo general fieles a las tradiciones judías. Dichas comunidades: «... perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando»¹⁴. Estas comunidades de Jerusalén creadas por discípulos como Pedro y Santiago, hermano de Jesús, están animadas por la pronta venida en gloria y majestad del

⁸ 1C 22; cf TC 25.

⁹ RB 1,1; RNB Pról. 2; cf URIBE, F., *La Regla de San Francisco. Letra y Espíritu*. Murcia 2007, 49-65; LÓPEZ TALAVERA, S., OFM, *Francisco y Clara*, 283-288.

¹⁰ Cf Lc 24,50-53; Mc 16,19; Mt 28,16-20; Hch 1,9-11; 2,1-41.

¹¹ Cf Mc 16,14; Lc 24,36-49; Jn 20,19-23; 1 Cor 15,5.

¹² Cf Lc 8,2; Mc 15,40.47; 16,1.

¹³ Hch 9,31; 1,11; 2,7.

¹⁴ Hch 2,42-47; cf 4,32-35; 5,11-16.

Resucitado. Desaparecen muy pronto por las tensiones internas, la persecución judía con el asesinato de Santiago en el año 62 y la destrucción de Jerusalén por el ejército Romano en el año 70¹⁵.

Francisco no parte de las cuatro columnas citadas que sostienen la comunidad de Jerusalén después de la resurrección, ni siquiera se apoya en ellas y en su dimensión escatológica para reconducir su llamada divina. Él las veía en la síntesis que hizo el monaquismo al poco de integrarse el cristianismo en el Imperio¹⁶. La oración tanto colectiva como personal, el trabajo en común y la vida situada en un mismo edificio no responde a sus inquietudes evangélicas. Están fuera de la historia en este momento, no reconocen ni las carencias humanas de este tiempo, ni las necesidades de las poblaciones que viven junto a las murallas de las ciudades y, sobre todo, la vida de Jesús con sus discípulos cuando comienza a revelar el Reino de Dios en los pueblecitos del entorno del lago de Galilea. Puentea estas realidades históricas del cristianismo, aunque queden integradas como parte esencial de su fe en la relación concreta de la historia de Jesús y la llamada que hace a sus discípulos. «Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar»¹⁷. Francisco sigue a Jesús en la perspectiva fraterna y, desde ella, envía a evangelizar. Este es su arranque en la forma de vida evangélica que legislará para todos sus hermanos.

Los biógrafos resaltan la imitación de Francisco como otro Jesús hasta en su forma externa: vive la humildad de Jesús, el hábito franciscano lo diseña como una cruz, como la *tau* es su firma con la que autentica sus escritos, vive la pobreza de Jesús en la austeridad de vida y en el desasimiento de las cosas y posesiones de esta vida¹⁸.

El seguimiento de Jesús lo hace principalmente en el camino que sus discípulos recorren con él y obedeciendo sus mandatos.

¹⁵ AGUIRRE, R., *Así vivían los primeros cristianos. Evolución de las prácticas y de las creencias en el cristianismo de los orígenes*. Estella (Navarra) 2017; MARTÍNEZ FRESNEDA, F., *Jesús, Hijo y Hermano*. Murcia 2017, 197-214; PENNA, R., *Le prime comunità cristiane. Persone, tempi, luoghi, forme, credenze*. Roma 2011; VIDAL, S., *Hechos de los Apóstoles y orígenes cristianos*. Santander 2015.

¹⁶ URIBE, F., La vida religiosa según San Francisco de Asís. Oñati 1982; LÓPEZ TALAVERA, S., *Francisco y Clara*, 306-307.364-365.

¹⁷ Mc 3,13-15; cf 6,7; Mt 10,1-4; Lc 6,12-16.

¹⁸ 1C 22; LP 3-4.13; LM 2,4; 4,9; 9,2; etc.

2. LA ITINERANCIA

Jesús elige a sus discípulos entre una multitud que le sigue en su proclamación del Reino en Cafarnaún, Corozáin, Betsaida, la Decápolis, etc. Jesús, como judío, no proclama el Reino solo, sino en grupo que se convierte paulatinamente en comunidad conforme conviven con él y colaboran en hacer presente el Reino. Todos, Maestro y discípulos, llevan un estilo de vida que se enmarca en la *itinerancia*. La urgencia de la predicación del Reino, porque Dios se otea ya en el horizonte, obliga a Jesús y a sus discípulos a recorrer Palestina lo antes posible. Para Marcos dura sólo un año. Y el contenido del Reino hace que las personas que lo proclaman formen el eje fundamental de su presencia, lo que les empuja a caminar de un lado para otro como testigos de la Buena Nueva.

La *itinerancia* del Maestro conduce a los discípulos a abandonar las modalidades fundamentales de la vida común: la constitución de la *familia* y el desarrollo de un *trabajo*. Por consiguiente, durante el tiempo en el que Jesús revela el Reino, se crea un grupo estable de compañía itinerante que, a la postre, debe abandonarlo *todo*: «Pedro entonces le dijo: Mira, nosotros lo hemos dejado *todo* y te hemos seguido» (Mc 10,28par). Jesús enumera a continuación lo que implica ese *todo*: «El que deje casa o hermanos o hermanas o madre o padre o hijos o campos por mí y por la buena noticia recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más —casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones— y en la edad futura, vida eterna. » (Mc 10,29-30par)¹⁹. Pero Jesús no reclama la rebelión contra la familia o contra aquellos que impiden seguirle, pues mantiene la tradición de honrar a los padres. Cuando el discípulo deja la *casa* es una consecuencia de integrarse en la misión para acceder al Reino y proclamarlo con él. Se parece más a un proceso de incardinación a los intereses del Reino que a una rotura y enfrentamiento provocados por la llamada y la invitación de Jesús a seguirle²⁰. Lucas, en el camino de Jesús hacia Jerusalén (Lc 14,1-24), expone tres exigencias a los que le siguen: «El que no odia a su padre y a su madre no puede ser discípulo mío, y el que no odia a su hijo y a su hija no puede ser discípulo mío»²¹; la segunda: «El que no toma su cruz y viene detrás de mí, no puede ser discípulo mío»²²; la tercera: «... quien no

¹⁹ MARTÍNEZ FRESNEDA, F., *Jesús de Nazaret*. Murcia 2016, 451-514; MASCILONGO, P., *El discipulado en el Nuevo Testamento. Reflexiones bíblicas y espirituales*. Madrid 2022; MEIER, J.P., *Un judío marginal*. III: Compañeros y competidores. Estella (Navarra) 2005, 43-300.

²⁰ Cf Mt 15,3-6; cf 19,19; Éx 20,12; 21,17; Lev 20,9; Dt 5,16; etc.

²¹ Lc 14,26; Mt 10,37; cf Mc 10,29.

²² Lc 14,27; Mt 10,38; cf Mc 8,34.

renuncie a sus bienes no puede ser discípulo mío» (Lc 14,33). Marcos justifica el alejamiento de la familia y del trabajo para cumplir la *voluntad divina*²³. Veamos este proceso en Francisco.

Hay tres acontecimientos que marcan el principio de la conversión de San Francisco con los que se introduce en la historia de Jesús tal y como la hemos descrito en la elección y en las exigencias a los discípulos. El primero es la libertad de los valores que establecen el poder entre los hombres. Es la escena en la que su padre Pedro Bernardone encuentra su dinero que Francisco había tirado y, naturalmente, con el dinero el trabajo y, ante el Obispo, se despoja de todos sus vestidos y se los entrega, para no tener nada suyo: «Se esfuerza así por menospreciar su vida, abandonando todo cuidado de sí mismo, para que en este caminar peligroso se una a su pobreza la paz y sólo la envoltura de la carne lo tenga separado, entre tanto, de la visión divina»²⁴.

El segundo hecho que experimenta Francisco es la revelación de Dios proponiéndole una nueva misión —palabras que le dirige el crucifijo: «Francisco vete, repara mi casa, que, como ves, se viene del todo al suelo». Presa de temblor, Francisco se pasma y como que pierde el sentido por lo que ha oído. Se apronta a obedecer, se reconcentra todo él en la orden recibida. Pero... nos es mejor callar, pues experimentó tan inefable cambio, que ni él mismo ha acertado a describirlo. Desde entonces se le clava en el alma santa la compasión por el Crucificado»²⁵. Tal experiencia de amor entraña una visión del pasado de su vida, un movimiento hacia atrás por el que comprueba la inutilidad de los proyectos familiares y sociales; a esto alude cuando dice «salir del siglo», entendido el mundo como la inclinación al mal, la vanidad y la soberbia y el poder que provienen del poseer; son las tres propuestas que le hace el diablo a Jesús para desviarlo de la misión que Dios le encomienda, para romper su relación filial²⁶.

La tercera experiencia es el descubrimiento de un «mundo nuevo», que supone una «vida nueva» para la que hay que «nacer de nuevo» —el encuentro con el leproso: «Mas una vez que, por gracia y virtud del Altísimo, comenzó a tener santos y provechosos pensamientos, mientras aún permanecía en el siglo, se topó cierto día con un leproso, y, superándose a sí mismo, se llegó a él y

²³ Mc 3,31-35par; cf Lc 11,27-28: «Cuando decía esto, una mujer de la multitud alzó la voz y dijo: ¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron! Él replicó: ¡Dichosos, más bien, los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen!».

²⁴ 1C 15; cf 2C 12; LM 2,4; TC 20.

²⁵ 2C 10; cf LM 2,1; TC 13; LP 78. Santa Clara piensa igual, cf TesCI 11-4.9-10.

²⁶ Cf Tes 4; 2CtaF 63-67; 1C 22; la vanidad: RB 10,8; 1C 5; el poder: SalVir 10-11; 1C 8; en Cristo: Lc 4,1-13; Mt 4,1-11; cf URIBE, F., *La Regla de San Francisco*, 287-304.

le dio un beso»²⁷. El leproso es Jesús, es el otro desamparado y alejado de la convivencia ciudadana. Por eso se une a la misión que Jesús le envía cuando escucha el Evangelio en San Damián y se confirma en el seguimiento de Jesús en medio de la gente, que no en el desierto como Juan Bautista o con los monjes en los monasterios, como hemos indicado más arriba. Comienza Francisco la itinerancia de la vida de Jesús y con signos escatológicos que anuncian una vida nueva aquí en la tierra (cf Jn 5,7) y con repercusiones más allá de la historia (cf Mt 25,34-46).

La vida nueva del Evangelio se organiza en fraternidad. Jesús llama a sus discípulos para que convivan con él y a Francisco se le unen los hermanos y establecen las primeras relaciones fraternas en Rivotorto y después en Santa María de los Ángeles²⁸. Francisco, por revelación divina, estructura la vida fraterna según la *forma* del Evangelio (Test 14-18). La fraternidad se entiende según las relaciones que expresan las actitudes y comportamientos que tienen Jesús y sus discípulos. El punto de partida siempre es la elección de Dios por medio de Jesucristo. Y dialogar con Él es responder a una relación previa divina que introduce al creyente en una dimensión nueva de la vida. La relación que Dios establece es un constante diálogo y encuentro²⁹. La relación con Dios se visibiliza en el reconocimiento de la *alteridad*, del *otro*, que está inscrito en el previo *encuentro* con el *Otro*, que nos hace asumir a toda la humanidad como *hermana* (Rom 8,29). Por eso, *nada ni nadie es extraño*. Es más, la salida de sí como relación de amor, -eso es Dios en Cristo-, convierte a toda la creación en una gran fraternidad, según Francisco. En ésta se reconoce la igualdad radical en dignidad de todo ser ante Dios, la filiación, y, por tanto, idéntica dignidad personal para entablar las mismas relaciones, que convierte a cualquier criatura en *hermana* de las demás. Esto es ir más allá de la concepción del hombre como animal social; es tipificar la convivencia como fraternidad, porque la relación que constituye a la persona es la relación de amor que convierte el *darse* en *hacerse* uno a sí mismo.

Desde esta perspectiva, Francisco crea dentro de la Iglesia y de la sociedad un espacio donde sean posibles las relaciones fraternas y se lleve a cabo la dimensión social del hombre³⁰. La concepción de la persona como referencia al otro la capta por el mensaje central del Evangelio³¹, en el que Jesucristo

²⁷ Cf 1C 17; 2C 9; LM 2,6; TC 11.

²⁸ LÓPEZ TALAVERA, S., *Francisco y Clara*, 72-79.405-417.

²⁹ LÓPEZ TALAVERA, S., *Francisco y Clara*, 27-44.

³⁰ Cf RNB 5.9; RB 6.10; cf F. URIBE, *La Regla de San Francisco*, 205-216; LÓPEZ TALAVERA, S., *Francisco y Clara*, 405-418.

³¹ Cf RNB 1-2; RB 1-2.12

hermana a todos los hombres bajo un mismo Padre. El Espíritu es el que los reúne en dicho amor fraterno y paterno³². De ahí que prohíba todo signo de poder o superioridad entre los *hermanos*, y la experiencia creyente y el seguimiento de Jesús sean la base de la radical igualdad que debe existir en la Orden, comparándola con la experiencia humana de la maternidad: «Que cada cual ame y alimente a su hermano como la madre cuida y ama a su hijo»³³. Sus discípulos, además de ser *hermanos*, son hermanos *menores*, sumisos unos a otros, a fin de que «pongan todas sus energías y amor en el tesoro común de la fraternidad» (1C 38).

De la experiencia interna de la fraternidad, en la que se aprende que nada del *otro* es extraño, y situada la fraternidad en tierra eclesial, se pasa a lo que son las relaciones con la comunidad humana. Por tanto, Francisco dice que todos somos hermanos, y como tales los franciscanos deben mostrarse y relacionarse con todas las personas³⁴, pues la fraternidad es una fraternidad *en* el mundo y *para* el mundo vivida en la Iglesia. Cuando la Dama Pobreza visita a los Franciscanos y pide que le muestren el convento, «ellos la llevaron a un monte y le hicieron admirar un panorama espléndido. “Dama Pobreza, le dijeron, este es nuestro convento”»³⁵.

3. LOS COMPORTAMIENTOS

El *comportamiento* en la misión compromete a los discípulos a mantener una actitud bondadosa, constante. Jesús exige estar entre la gente teniendo en cuenta dos campos muy importantes en las relaciones humanas. Así será creíble el Reino.

1º. Hay que evitar toda *ofensa*. En el «discurso de las antítesis» de Mateo (5,17-48), incluido en el «Sermón de la Montaña», valora el Evangelista la ley y los profetas por la relación a Jesús, es decir, que con su misión se cumplen todas las promesas acumuladas a lo largo de la historia de la salvación. De las seis antítesis³⁶, la primera trae a colación el mandamiento de *no matar*: «Habéis oído que se dijo a los antiguos: *No matarás*; el homicida responderá

³² Cf 2CtaF; RNB 22

³³ RNB 9; cf RB 4; REr.

³⁴ Cf RNB 5-7; RB 6

³⁵ SC 36; cf 1C 35.39-40; TC 36-45.57-60.

³⁶ Homicidio (Mt 5,21-26), adulterio (27-30), divorcio (31-32), juramento (33-37), venganza (38-42) y el amor (43-48).

ante el tribunal»³⁷. A continuación se amplía con varias situaciones en las que se radicaliza el mandamiento al situarlo en la interioridad, pues de la intencionalidad humana es de donde brota el hecho de alejar al otro de la vida: el odio acumulado en el corazón. Las injurias a los hombres, concreciones de la ira, si bien no equivalen al homicidio en el ámbito penal, se le equiparan, porque rompen el lazo de la relación humana y ladean a los demás de la convivencia fraterna establecidas por la filiación divina. Por eso se da un salto cualitativo: del juicio humano histórico (tribunal y Sanedrín) al juicio divino escatológico (el fuego). Al final de la vida, hay que dar cuenta a Dios de cualquier agresión al hombre: «Pues yo os digo que todo el que se deje llevar por la cólera contra su hermano responderá ante el tribunal. Quien llame a su hermano inútil responderá ante el Sanedrín. Quien lo llame loco incurrirá en la pena del fuego»³⁸.

Francisco es muy sensible al comportamiento que exige Jesús a sus discípulos, novedoso porque va más allá del homicidio: son las actitudes señaladas que ropan las relaciones humanas y quiebran la fraternidad. Así legisla: «Aconsejo de veras, amonesto y exhorto a mis frailes en el Señor Jesucristo que, cuando van por el mundo, no litiguen ni contiendan con palabras (cf 2Tim 2,14), ni juzguen a los otros, sino sean apacibles, pacíficos y moderados, mansos y humildes, hablando a todos honestamente, según conviene» (RNB 3,10); «Amonesto y exhorto en el Señor Jesucristo que se guarden los hermanos de toda soberbia, vanagloria, envidia, *avaricia* (cf Lc 12,15), cuidado y solicitud de este siglo (cf Mt 13,22), detracción y murmuración» (RB 10,7)³⁹.

La soberbia, que origina la ofensa y exclusión de las relaciones fraternas, proviene para Francisco de la apropiación de los bienes que nos concede el Señor desde las tres relaciones básicas que fundan nuestra identidad: los dones del Señor, los dones de la naturaleza que se reciben de los padres y familia y los dones que provienen de nuestra cultura y que transmite la formación e información social. Por eso Francisco es tajante: «Come, en efecto, del árbol de la ciencia del bien, aquel que se apropia su voluntad y se enaltece de los bienes que el Señor dice y obra en él» (Adm 2,3)⁴⁰. Quita al Señor de su pedestal y

³⁷ Mt 5,21; cf. Éx 20,13; Dt 5,17; y jurídicamente es condenado: «El que hiera de muerte a un hombre, es reo de muerte». Éx 21,12; Lv 24,17; cf Núm 35,30-31; Dt 17,8-13.

³⁸ Mt 5,22; Lv 19,17-18: «No guardarás odio a tu hermano [...] No serás vengativo ni guardarás rencor a tus conciudadanos. Amarás a tu prójimo como a ti mismo»; Eclo 22,24: «Antes de prender, el horno echa vapor y humo; antes de la sangre ha habido insultos»; cf. Prov 15,1; 29,11.22; etc.

³⁹ «Guardémonos, pues, todos los frailes de toda soberbia y vanagloria» (RNB 17,9); RB 3,10.

⁴⁰ Cf Adm 7,4; 8,3; 12,2; 17,1; 18,2; 2C 142; LM 6,11; LP 20; etc.

coloca su yo y sus intereses. Este estilo de vida reclama dos actitudes básicas que Francisco exige a los hermanos, como a sí mismo, mirando a Jesús⁴¹: negarse a sí mismo, cuya justificación proviene del mismo Jesús: «...que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mc 10,45) y la capacidad para aceptar el sufrimiento, persecución y muerte.

Pero el control del yo egoísta y soberbio no tiene sentido mirado en sí mismo. Está en razón del amor, que es básico para estalecer las verdaderas relaciones fraternas dede las cuales se sirve a los demás. Por eso Francisco une el desprecio de sí y la apertura a la valoración y dignidad de los otros, que son hermanos en todos los sentidos al sentirse como hijos de un mismo Padre. Así termina la cita anterior de la RB: «[Los Hermanos] atiendan a que sobre todas las cosas deben desear tener el Espíritu del Señor y su santa operación, orar siempre a él con puro corazón y tener humildad, paciencia en la persecución y en la enfermedad, y amar a los que nos persiguen y reprenden y acusan, porque dice el Señor: *Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen y calumnian* (cf Mt 5,44). *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,10). *Mas el que perseverare hasta el fin éste será salvo* (Mt 10,22)»⁴².

2º. Hay que evitar todo *juicio*. En la tercera sección del *Sermón del monte* (6,19-7,28) redacta Mateo una serie de exhortaciones de Jesús a sus discípulos. Comienzan estos avisos con uno que se coloca como condición de la salvación: «No juzguéis y no seréis juzgados. Pues seréis juzgados con el criterio con que juzguéis. Y os medirán con la medida con que midáis» (Mt 7,1-2). Juzgar es un juicio de valor y en el ámbito jurídico significa condenar (cf Lc 6,37). Recurre Jesús al principio de reciprocidad en la medida. En el tribunal de Dios se usará la misma medida que los hombres hayan usado entre sí. Por ello es muy peligroso, cuando todos son deudores ante Dios, que se condene a los hermanos (cf Mt 18,23-35). El discípulo lo demuestra con el amor a los enemigos dicho en la sexta antítesis: «Habéis oído que se dijo: *Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo* [Éx 23,4-5]. Pues yo os digo: *Amad a*

⁴¹ 1ª Negarse a sí mismo (Mc 8,34); odiarse a sí mismo (Lc 14,25); perder la vida (Mc 8,35). La justificación proviene del mismo Jesús: «...que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mc 10,45). 2ª Capacidad para aceptar el sufrimiento, persecución y muerte. Jesús lo advierte con la expresión de tomar la cruz y seguirle (Mc 8,34; 13,9.12-13; Mt 10,38; etc.).

⁴² RB 10,9-11; cf RNB 16,12-15; 22,3-4; Adm 3,8-9; 9,1; cf URIBE, F., *La Regla de San Francisco*, 287-304.

vuestros enemigos, rezad por los que os persigan...» (Mt 5,43-44; Lc 6,27-28). El destino, pues, de cada hombre se reserva a Dios en última instancia. Por una parte, es lógico en las comunidades creyentes, o en un círculo más amplio de las relaciones sociales. Porque el juicio que condena muestra la superioridad del que juzga, y las relaciones fraternas suponen que se establecen entre iguales, o la fraternidad iguala a todos en Dios. Es Él el superior de todos, el Padre de todos los hermanos. Y es Él el que puede decidir sobre la salvación o no de los hombres. Por otra parte, no juzgar, no condenar en sentido positivo equivale a perdonar. Así es mejor dejar el destino de cada persona en manos de Dios, que mira con benevolencia y misericordia los pecados de sus hijos (Mt 18,23-35). Al final, Dios emitirá su juicio fundado en la actitud de perdón que se haya adoptado entre los hermanos: «Pues, si perdonáis a los hombres las ofensas, vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros» (Lc 6,14). De ahí que el perdón sea ilimitado, como el amor (Lc 18,22).

Francisco sigue a Jesús al pie de la letra en evitar el juicio a los hermanos y a las personas de cualquier condición. Y lo hace en un doble sentido, como Jesús. Primero advierte: «Y todos los hermanos guárdense de calumniar y de contender de palabra (cf 2Tim 2,14); empuñense, más bien, en guardar silencio siempre que Dios les conceda la gracia. Y no litiguen entre sí ni con otros, sino procuren responder humildemente, diciendo: Soy un siervo inútil (cf. Lc 17,10). Y no se irriten, *porque todo el que se irrite contra su hermano, será reo en el juicio; el que diga a su hermano 'raca', será reo ante la asamblea; el que le diga 'fatuo', será reo de la gehenna de fuego* (Mt 5,22)⁴³. Pero lo importante es crear y mantener una relación de amor, que es la que aleja toda forma de exclusión o dominio sobre el hermano. Jesús ya lo sentenció cuando los discípulos se proponían ocupar los primeros puestos en el futuro Reino de Dios entendido como poder: « Jesús, llamándolos, les dijo: «Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. No he venido a ser servido, sino a servir y a entregar mi vida como rescate de todos» (Mc 10,42-45). Francisco legisla también sobre esta actitud básica que Jesús exige a sus discípulos: «Y ámense mutuamente, como dice el Señor: *Éste es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros, como os amé* (Jn 15,12). Y muestren por las obras (cf Sant 2,18) el amor que se tienen mutuamente, como dice el Apóstol: *No amemos de palabra y de boca, sino de obra y de verdad* (1Jn 3,18)⁴⁴.

⁴³ RNB 11,1-4; cf Rer 3; RB 3,10.

⁴⁴ RNB 11,5-6; 22,25-40; cf Adm 9,4; TS 3. LÓPEZ TALAVERA, S., *Francisco y Clara*, 405-417

3º El discípulo de Jesús debe *renunciar a la violencia*⁴⁵. Jesús prohíbe a sus seguidores la ley de proporcionalidad, que lleva consigo la venganza que se sigue de la ley del talión. Dar un guantazo en la mejilla es señal de injuria y desprecio, y dársela a los discípulos es menospreciar su mensaje. Sin embargo, no se debe responder a dicha humillación. Se excluyen las condiciones en las que se encuentran los que solicitan ayuda o los motivos que invocan. La dedicación de la persona al servicio del Reino acepta de buen grado la entrega de todos los bienes y de una forma permanente. Se pone a disposición del Reino la vida y cuanto ella implica. Por eso se confían las cosas sin más razones al que pide, sin condiciones y sin restricciones. No hay que marginar o ser insensible al necesitado. En el paralelo de Lucas se añade: al que «tome lo tuyo no se lo reclames» (Lc 6,30).

La vida itinerante y de cierto desarraigo social provoca numerosos *conflictos*. Sabemos de las tensiones de Jesús originadas con los garantes de la religiosidad por el cumplimiento del descanso sabático (cf Mc 2,18-3,6), o de Jesús con la familia (3,20-21), o con su pueblo (6,1-6), o por la actitud abierta y acogedora con los marginados (Lc 7,33-35; Mt 11,18-19), o por la negación radical de las relaciones de poder y servidumbre dadas en las familias e instituciones sociales (Mc 9,33-37; 10,41-45), o de practicar la magia o decir blasfemias (Jn 10,36), o de desafección al templo, lugar privilegiado de la presencia de Dios (Mc 11,15-19par).

La forma de misión que Jesús confía a sus discípulos se integra en las reglas y normas que Francisco elabora a fin de que se asemejen en todo a la mediación de la presencia del Reino: «Aconsejo de veras, amonesto y exhorto a mis frailes en el Señor Jesucristo que, cuando van por el mundo, no litiguen ni contiendan con palabras (cf 2Tim 2,14), ni juzguen a los otros; sino sean apacibles, pacíficos y moderados, mansos y humildes, hablando a todos honestamente, según conviene» (RB 3,10-11). Celano comenta las recomendaciones de Francisco de esta manera: «De tal modo estaban revestidos [los hermanos] de la virtud de la paciencia, que más querían morar donde sufriesen persecución en su carne que allí donde, conocida y alabada su virtud, pudieran ser aliviados por las atenciones de la gente. Y así, muchas veces padecían afrentas y oprobios, fueron desnudados, azotados, maniatados y encarcelados, sin que buscasen la protección de nadie [...] En medio de la vida ejercitaban la paz y la mansedumbre con todos; intachables y pacíficos en su comportamiento,

⁴⁵ Quinta antítesis: Mt 5,39-41; Lc 6,29-30; cf LÓPEZ TALAVERA, S., *Francisco y Clara*, 561-570; MARTÍNEZ FRESNEDA, F., *Francisco de Asís y la paz*. Madrid 2007, 19-59; URIBE, F., *La Regla de San Francisco*, 149-162.

evitaban con exquisita diligencia todo escándalo. Apenas si hablaban cuando era necesario, y de su boca nunca salía palabra chocarrera ni ociosa, para que en su vida y en sus relaciones no pudiera encontrarse nada que fuera indecente o inhonesto» (1C 40-41).

Y renueva el mandato que Jesús da a sus discípulos: «Cuando los frailes van por el mundo, *nada* lleven para el camino: *ni bolsa, ni alforja, ni pan, ni pecunia, ni bastón* (Lc 10,4). *Y en cada casa* que entraren, digan primero: *Paz a esta casa*. Y, permaneciendo en la misma casa, coman y beban lo que hay en su casa (cf Lc 10,5.7). *No resistan al malvado*, sino a quien les pegare en una mejilla, preséntele *también la otra* (cf Lc 6,29). *Y al quien les quita el manto*, no le impidan [quitarles] también la *túnica*. Den *a todo el que les pida*; y *al que les quita lo que es suyo*, no se lo reclamen (cf Lc 6,30)»⁴⁶. Manda, pues, dar la paz en las casas donde se hospeden, como enseña Jesús a sus discípulos, pero también contagiar su vivencia y su estado pacífico a toda persona que se encuentren en el camino: «El Señor me reveló que dijésemos el saludo: El Señor te dé la paz» (Tes 23). Es lo que dice cada vez que comienza su predicación (cf 1C 23).

Francisco también insiste en la relación pacífica con los *marginados*, lo que lleva consigo asumir su indigencia para, con ellos mismos, conducirlos a la recuperación de la dignidad humana y puedan integrarse en la sociedad. Francisco mantiene la relación con los pobres por una experiencia creyente, que no de una sensibilidad social: «... porque, como estaba en pecados, me parecía extremadamente amargo el ver a los leprosos. Y el Señor me condujo entre ellos e hice misericordia con ellos. Y apartándome de ellos, aquello que me parecía amargo se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo; y después me detuve un poco y salí del siglo» (Tes 1-3). Y la experiencia de Dios se forma y canaliza con el seguimiento de Jesús (cf RB 1,1), ya que es el que hace presente el amor misericordioso divino en la vida de los marginados.

4. CRUZ Y MUERTE

1º Aunque el seguimiento a Jesús tiene valor en sí, *el seguimiento con la cruz* concreta la forma de dicho seguimiento. Marcos reúne varios dichos después del primer anuncio de su pasión (cf Mc 8,31). A continuación relata la reacción negativa de Pedro para aceptar el sufrimiento del Mesías (cf Mc 8,28.32) y la reprimenda que recibe al percibir Jesús su recomendación como una tentación diabólica (cf Mc 8,33). Entonces sentencia: «Quien quiera seguirme, niéguese

⁴⁶ RNB 14,1-6; cf RB 3,13; Tes 23.

a sí mismo, cargue con su cruz y sígame» (Mc 8,34)⁴⁷. Negarse a sí mismo es prescindir de uno mismo, de su yo. Y se prescinde para tomar la cruz. La cruz, aunque está en el horizonte del tiempo de Marcos por la forma como murió Jesús, hace referencia directa a la cruz personal que simboliza el sufrimiento diario que entraña el testimonio del Reino. Está en la línea que escribe Lucas: «Quien quiera seguirme, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz *cada día* y venga conmigo» (Lc 9,23).

El orden lógico, negarse y cargar con la cruz, no corresponde a la sucesión temporal. El hecho de seguir lleva consigo la renuncia de sí para aceptar las cargas del nuevo estilo de vida, que lo traza, no sólo cumplir los mandatos de Jesús y escuchar su palabra, sino también reproducir su experiencia de Dios y asumir su destino lleno de dolor y sufrimiento. Es lo que significa la cruz como muerte horrible aplicada a los rebeldes políticos que con frecuencia contemplan los judíos en Palestina bajo la ocupación romana: un cuerpo desnudo fijado al madero perdiendo la vida entre horribles dolores.

La relación pacífica entre los hombres de cualquier condición y el esfuerzo por procurar su dignidad humana de la bienaventuranza evangélica, Francisco la orienta hacia la condición previa a las relaciones con los demás e interior de la persona. La condición es el dominio de sí que evita la respuesta airada a cualquier agresión: «Aquellos son verdaderamente pacíficos que, con todas las cosas que padecen en este siglo, por el amor de nuestro Señor Jesucristo, guardan la paz en alma y cuerpo» (Adm 15,2; RB 10,1). Contra la ira y la perturbación, está la paciencia y la humildad para eludir lo que tantas veces se verifica en las relaciones sociales y en la experiencia interior del hombre. Francisco añade que hay que seguir a Jesús crucificado⁴⁸. Este seguimiento evita perder lo que es un *don de Dios*, a pesar de los sufrimientos que comportan las pruebas a las que cualquier persona se siente sometida a lo largo de su vida.

Francisco ejemplifica este dominio de sí fundado en la pasión de Jesús en cuatro casos. El primero ocurre cuando se experimentan las injusticias que continuamente depara la sociedad: «No puede conocer el siervo de Dios cuánta paciencia y humildad tiene en sí, mientras le sucede todo a satisfacción. Pero cuando viniere el tiempo en que aquellos que deberían causarle satisfacción, le hacen lo contrario, cuanta paciencia y humildad tiene entonces, tanta tiene y no más» (Adm 13,1-2). El segundo, que recuerda la Regla de oro —«Como

⁴⁷ Lc 14,27: «Quien no carga con su cruz y me sigue no puede ser discípulo mío». cf. Lc 9,23; Mt 10,38: «Quien no tome su cruz para seguirme no es digno de mí»; EvT 55: «... y [no] cargue su cruz como yo, no será digno de mí».

⁴⁸ URIBE, F., *La Regla de San Francisco*, 287-304; LÓPEZ TALAVERA, S., *Francisco y Clara*, 60-64.

queréis que os traten los hombres tratadlos vosotros a ellos»; Lc 6,31; Mt 7,12 — , cuando se sufren las imperfecciones de los otros: «Bienaventurado el hombre que sufre a su prójimo según su fragilidad, en lo que querría ser sufrido por él, si estuviera en caso semejante» (Adm 18,1). El tercero, cuando sucede en las relaciones propias de la vida fraterna: «Pero si el prelado ordena algo contra su alma, aunque no le obedezca, sin embargo no lo abandone. Y si de ahí sufiere persecución por algunos, ámelos más por Dios. Pues el que sufre persecución antes que quiera separarse de sus hermanos, verdaderamente permanece en la perfecta obediencia, porque da su vida (cf Jn 15,13) por sus hermanos» (Adm 3,7-9)⁴⁹. Por último, por la corrección debida o indebida para que la fraternidad funcione: «Bienaventurado el siervo que sufre el aviso, la acusación y reprensión de alguno así pacientemente como [si fuera] de sí mismo. Bienaventurado el siervo que, reprendido, asiente benignamente, se somete avergonzado, confiesa humildemente y satisface de buen grado. Bienaventurado el siervo que no es pronto para excusarse y sufre humildemente la vergüenza y reprensión por el pecado, cuando no comete culpa» (Adm 22,1-3).

Ahondando en este aspecto de la paz interior y del Espíritu dentro de la vida fraterna, Francisco recomienda que no se la debe perder por los escándalos que se originan en la convivencia común. Su exigencia a dominar las inclinaciones diabólicas del alma y del cuerpo recuerda el más puro estilo de los Padres del desierto y de la espiritualidad monástica: «Hay muchos que, perseverando en oraciones y oficios, hacen muchas abstinencias y mortificaciones en sus cuerpos, pero por una sola palabra — que parece ser injuria de sus cuerpos — , o por alguna cosa que se les quitara, escandalizados en seguida se perturban. Estos no son pobres de espíritu; porque el que verdaderamente es pobre de espíritu se odia a sí mismo y ama a aquellos que lo golpean en la mejilla (cf Mt 5,39)» (Adm 14,2-4).

Buenaventura acentúa de una manera especial el seguimiento de Francisco a Jesús crucificado, como Pablo de Tarso afirma de sí mismo: «Estoy crucificado con Cristo; vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí» (Gál 20,9-10). Escribe el Doctor Seráfico: «En efecto, la cruz de Cristo, que en los inicios de tu conversión te fue propuesta y que tú asumiste; esa cruz que después a lo largo de tu existencia llevaste continuamente en ti con una vida santísima y la mostraste para ejemplo de los demás, deja entrever con tal claridad y certeza el hecho de haber tú alcanzado finalmente el ápice de la perfección evangélica, que ninguna persona verdaderamente devota puede

⁴⁹ Cf RNB 5,2; RB 10,3; URIBE, F., *La Regla de San Francisco*, 271-286.

rechazar esta demostración de la sabiduría cristiana esculpida en el polvo de tu carne, ningún verdadero fiel la puede impugnar, ni despreciarla ninguno que sea verdaderamente humilde, porque se trata de una demostración expresada por el mismo Dios, y digna, por tanto, de ser plenamente aceptada»⁵⁰. Por eso, no es extraño que que amara de una forma especial la letra del alfabeto hebreo y griego *tau*. Para Francisco es signo de penitencia, de conversión, de mirarse a uno mismo en la cruz de Cristo, procurando vivir crucificado para toda aquella realidad que nos pudiera separar de Cristo crucificado. Escribe Buenaventura: «El hermano Pacífico... mereció ver de nuevo en la frente de Francisco una gran *Tau*, que, adornada con variedad de colores, embellecía su rostro con admirable encanto. Se ha de notar que el Santo veneraba con gran afecto dicho signo: lo encomiaba frecuentemente en sus palabras y lo trazaba con su propia mano al pie de las breves cartas que escribía, como si todo su cuidado se cifrara en *grabar el signo tau* -según el dicho profético- *sobre las frentes de los hombres que gimen y se duelen* (Ez 9,4), convertidos de veras a Cristo Jesús»⁵¹

«El hermano Pacífico... mereció ver de nuevo en la frente de Francisco una gran *Tau*, que, adornada con variedad de colores, embellecía su rostro con admirable encanto. Se ha de notar que el Santo veneraba con gran afecto dicho signo: lo encomiaba frecuentemente en sus palabras y lo trazaba con su propia mano al pie de las breves cartas que escribía, como si todo su cuidado se cifrara en *grabar el signo tau* -según el dicho profético- *sobre las frentes de los hombres que gimen y se duelen* (Ez 9,4), convertidos de veras a Cristo Jesús» (LM 4,9).

Francisco vive personalmente más la cruz cuando renuncia al oficio de Ministro General en 1220 y le sucede su Vicario Pedro Cattani. Los Ministros Provinciales, sin él, se reúnen para ordenar la Orden, sobre todo creando los centros y los medios para la formación de los frailes. Es el período tormentoso que vivirá desde 1920 hasta su muerte, simbolizado por la impresión de los estigmas de la cruz en La Avena⁵². La situación la experimenta como una cruz

⁵⁰ LM 13,10; «Y como en la triple apertura apareciera siempre la pasión del Señor, comprendió el varón lleno de Dios que como había imitado a Cristo en las acciones de su vida, así también debía configurarse con Él en las aflicciones y dolores de la pasión antes de pasar de este mundo» LM 13,4; «Ciertamente, quiso conformarse en todo con Cristo crucificado, que estuvo colgado en la cruz: pobre, doliente y desnudo» (LM 14,4).

⁵¹ LM 4,9; también escribe Celano: «La señal de la *Tau* le era preferida sobre toda otra señal; con ella sellaba Francisco las cartas y marcaba las paredes de las pequeñas celdas» (3 C 3); cf 2C 106; 3 C 159; LM Pról 2; LM Milagros 10,6 -7; Lm 2,9; URIBE, F., *El Francisco de Buenaventura. Lectura de la Leyenda Mayor*. Oñati 2008.

⁵² Jacobo de Vitry escribe en 1220: «Esta Religión se nos figura abocada a un gran peligro, pues no sólo acepta a los candidatos ya perfectos, sino aun a jóvenes e imperfectos que deberían

y la refleja en la florecilla octava de la Perfecta Alegría y en otra redacción conservada por el hermano Leonardo de Asís. La meditación y afectos de Francisco, figurados como un diálogo y un encuentro con el portero de un convento manifiestan lo que estaba viviendo en esos momentos de extremo dolor por la Orden. El relato contrapuesto a los sabios y perfectos de la vida de la Orden se centra en el desprecio y no aceptación del portero de un convento cuando Francisco se encuentra enfermo y en medio de un temporal de nieve. La respuesta es muy dura para el que creó la Orden: «... dentro del lodo y del frío y del hielo llego a la puerta, y después que por largo tiempo golpeé y llamé, viene el hermano y pregunta: ¿Quién es? Yo respondo: Fray Francisco. Y él dice: Vete; no es hora decente de andar de camino; no entrarás. E insistiendo yo de nuevo responde: Vete; tú eres un simple y un idiota; ya no vienes con nosotros; nosotros somos tantos y tales que no necesitamos de ti. Y yo de nuevo estoy de pie a la puerta y digo: Por amor de Dios recogedme esta noche. Y él responde: No lo haré. Vete al lugar de los Crucíferos y pide allí» (VerAl 9-13). Un fiel reflejo de esta situación se afirma en la *Admonición* 5. La vida se sitúa, más allá de la sabiduría, la riqueza y los honores, donde podamos «gloriarnos, en nuestras *enfermedades* (cf 2Cor 12,5) y en llevar a cuestas diariamente la santa cruz de nuestro Señor Jesucristo (cf Lc 14,27)» (Adm 5,8)⁵³.

2º «Quien se empeñe en salvar la vida, la perderá; quien la pierda por mí y por la buena noticia, la salvará. ¿Qué aprovecha al hombre ganar el mundo entero a costa de su vida? ¿Qué precio pagará el hombre por su vida?» (Mc 8,35-37par). El riesgo a perder la vida como culmen de un caminar entre zarzas se contempla en la vida del discipulado, al cual Jesús ya ha advertido con la expresión de tomar la cruz y seguirle (Mc 8,34-35par).

Perder la vida se basa en primer lugar en que la vida perdurable o la auténtica existencia se funda en la actitud personal dicha antes, y por la cual se sustituyen los parámetros en los que se encuadran las legítimas aspiraciones humanas por la fidelidad a la palabra de Jesús y por seguirle en su destino histórico y experiencia religiosa. No se refiere Jesús a la contraposición clásica entre alma y espíritu y cuerpo y materia, ni siquiera entre la vida eterna y la vida contingente y finita. Más bien el dicho afirma que sobre la base de la existencia humana, limitada y perecedera, se empieza a construir aquella vida auténtica,

ser formados y probados durante algún tiempo bajo la disciplina conventual, y ella los envía de dos en dos por todas partes». *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*. Ed. José Antonio Guerra. Madrid 2000, 964; cf GUERRA, J.A., *La verdadera alegría. Una página de historia franciscana*. Oñati 2021.

⁵³ Cf RNB 23,1; 17,5-7; VerAl 4.15.

creada y sostenida por Dios, que nadie puede destruir. Y se alcanza por medio del seguimiento que indica el servicio y la entrega de sí a los demás como signo de amor que es el norte al que debe apuntar el hombre. De ahí que los dos interrogantes que Marcos pone a continuación remachen el dicho de Jesús. El esfuerzo que el hombre realiza para, al margen o a costa de los demás, acumular riqueza y conseguir seguridad, forma en que construye su existencia, de nada sirve por más que gane todo el mundo⁵⁴. El final es siempre el mismo: la muerte. Se impone, pues, la convicción de que después del tiempo es posible una vida interminable que no se asegura ni con el esfuerzo humano ni con sus beneficios. Que la vida perdure es cuestión del que puede hacerlo: Dios (Sal 49,16), y no de los bienes. Y el único bien que reconoce Dios es el suyo, es decir, el amor. Quien lo hace real es Jesús y el Reino; es la buena noticia que anuncia.

El morir para que viva Dios también contempla el ofrecer la vida materialmente. No es cuestión sólo de ser infiel a sí mismo, infidelidad a los intereses humanos, sino de morir físicamente como sacramento de un morir permanente que desarrolla el amor como servicio. Es la entrega total y por entero de la vida. Es el don de sí pleno. Sucede lo mismo que con la destrucción del yo asentado en la soberbia. El sufrimiento que conlleva despojarse de esta actitud y situación, no es un deseo de Dios ni siquiera un bien en sí. Sufrir por sufrir es un sin sentido, o, a lo más, una psicopatía. El sufrimiento que refiere el dicho evangélico es el que emana de la condición histórica del hombre. Lo mismo sucede con el morir físico. Quien es portavoz de una proclama que mina y arruina los cimientos del poder que se ha forjado el hombre en su vida, está expuesto a que lo aparten y liquiden del entramado social donde se sustenta dicho poder. Y con ello debe contar el discípulo, como le pasa a Jesús, en las condiciones históricas en las que se desenvuelve la existencia.

La experiencia de Dios en el seguimiento de Jesús es el futuro de Francisco, y en cuanto futuro, es un nuevo diseño de la vida que a lo largo del tiempo y del espacio debe cumplimentar. El seguimiento y conformación con Cristo origina una tensión vital proveniente de su obediencia filial a Dios, el camino del amor, que entraña el enquistamiento y posterior destrucción del poder y el egoísmo, el llamado «hombre viejo». El «olvido de sí» Francisco lo practica en la observancia del Evangelio. Entonces es cuando verifica que el amor es un amor «crucificado» y cuya plenitud —la ausencia del mal por el progresivo

⁵⁴ «El hombre no perdura en la opulencia, es semejante a las bestias, que perecen. Éste es el camino de los confiados, el destino de los hombres satisfechos; los disponen como ovejas para el Abismo, la Muerte los pastorea y bajan derechos a la tumba. Su figura se desvanece y el Abismo es su mansión». Sal 49,13-15; cf Mc 10,23-25.

ejercicio del bien—, es algo que adviene⁵⁵, no que conquista, y, en cuanto recibe, es un don que disfruta en esta vida, sabiendo que sólo lo tendrá de una forma completa y permanente al final de los días. No olvidemos: «Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que su fuerza superior procede de Dios y no de nosotros»⁵⁶, o en palabras de Francisco: «Así se puede conocer el siervo de Dios si tiene el espíritu del Señor: Si, cuando el Señor obrara por él algún bien, su carne no por ello se exaltara»⁵⁷.

La experiencia de Dios potencia su capacidad de servicio, como recomienda⁵⁸. Pero esto le conduce a un ajuste de su interioridad conflictiva. Supone un aspecto esencial de la expresión «hacer penitencia»⁵⁹. El amor y el servicio es una gracia donada que destruye la tendencia personal, fortalecida por la cultura, a buscarse a sí mismo defendiendo exclusivamente sus intereses. A Francisco no le regalan del todo la capacidad de amar y de servir. Las ínfulas de poder que se viven en su contexto, y que los biógrafos relatan aplicadas a Francisco, demuestran el control personal y el cambio de vida que tiene que hacer de manera permanente. Su transformación personal le lleva a reconocer su situación real ante Dios «... porque cuanto es el hombre delante de Dios, tanto es y no más»⁶⁰, y en Dios ante el mundo: «Confieso, además, al Señor Dios Padre y al Hijo y al Espíritu Santo [...] todos mis pecados. En muchas cosas he ofendido por mi grave culpa [...], o por negligencia, o por ocasión de mi enfermedad, o porque soy ignorante e iletrado»⁶¹. Y esto no es nada fácil y agradable en principio. Así lo reconoce su primer biógrafo: «... superándose a sí mismo, se llegó a él [leproso] y le dio un beso»⁶². La fortaleza para permanecer en el camino emprendido la toma de Cristo, que no de sus propios valores, pues Cristo, si no pecó, sí vivió en la fragilidad que comporta la vida humana⁶³.

Pero la muerte a sí mismo que implica la renuncia de sí para poder servir, no es sólo una realidad personal, que afecta a actitudes y tendencias interiores; también la muerte proviene de fuera. Desde el momento en que se crea un grupo en torno a él, que se convierte en fraternidad por el Evangelio, siguiendo a Jesús y sus discípulos, las relaciones se complican en la convivencia, en el

⁵⁵ LÓPEZ TALAVERA, S., *Francisco y Clara*, 42-45.

⁵⁶ 2Cor 4,7; cf 1 Cor 4,9-13; 2Cor 6,4-40.

⁵⁷ Adm 12,1-2; cf RNB 17,11-17; Adm 2,3; 8,3; 17,1; 18,2.

⁵⁸ Cf RNB 5,14; 10,1; RB 6,9.

⁵⁹ Cf Tes 1; 1C 22-23.33.36; etc.

⁶⁰ Adm 19,2; cf LM 6,1.

⁶¹ CtaO 38-39; Tes 29.

⁶² 1C 17; cf 2C 9; LM 1,3; TC 11.

⁶³ Cf 2CtaF 4; RNB 23,3; Adm 1,16.

hecho de la formalización del seguimiento de Jesús y en la comprensión de la comunidad cristiana y social⁶⁴. Ni todos son iguales en la experiencia de fe y valores personales, ni tienen la misma idea de cómo debe estructurarse la fraternidad, ni mantienen la misma estrategia para evangelizar a la sociedad, ni la sociedad lee con igual criterio su testimonio evangélico⁶⁵.

También la muerte le viene de la dinámica del amor, las crisis que nacen en los crecimientos y transformaciones personales cuando postulan otras plataformas para la unión con Dios y el servicio a los demás. Esta noche oscura expresa, entre otras cosas, el progresivo despojamiento de sí, tanto en aquello que impide amar, cuanto en los ideales y proyectos que se hacen a lo largo de la vida, incluso motivados para mayor beneficio de los demás. A estas alturas, casi al final de su vida, sabe Francisco la situación real de haberse quedado desnudo ante su padre, ante el obispo y ante todo el pueblo. Como comenta Buenaventura: «Así, quedó desnudo el siervo del Rey altísimo para poder seguir al Señor desnudo en la cruz, a quien tanto amaba»⁶⁶. El «vacío de sí», como Cristo deja la gloria del Padre, Francisco lo sufre, también como Jesús en el huerto de Getsemaní y en la cruz, con la fórmula magistral de Pablo: «La fe que actúa en la caridad»: «La santa caridad confunde todas las tentaciones diabólicas»⁶⁷.

CONCLUSIÓN

En definitiva, seguir a Jesús no es sólo escucharle y observarle los signos para introducirse en el Reino y participar de sus beneficios por la corresponsabilidad en su misión, es también compartir su estilo de vida itinerante que se aparta de la familia y se incorpora a otra familia, con lo que se renuncia a establecer nuevos lazos naturales (cf Mt 19,12). Y todo esto para que se simbolice con más fuerza el Reino. La vida itinerante de los discípulos con Jesús manifiesta un comportamiento que remite, tanto a la actitud benevolente de Dios sobre la criatura (cf Lc 12,6-7; Mt 10,29-31), como a la presencia histórica del mismo en la familia nacida por la acción y presencia de Jesús.

La vida del discipulado es un *símbolo*: su estilo de vida *contiene* el Reinado de Dios, es decir, manifiesta en la historia el inicio de una nueva etapa de las relaciones de Dios con los hombres y, por tanto, una nueva presencia de Dios. Y esto es lo que quiere Francisco para sí y sus seguidores. Leamos, como final,

⁶⁴ Cf RNB 5,9-10; 11,3; RB 10,7; 11,3; Tes 25,31; Adm 6,1-2; 5,8; cf URIBE, F., *La Regla de San Francisco*, 287-304; LÓPEZ TALAVERA, S., *Francisco y Clara*, 451-457.

⁶⁵ Cf CtaM 2,15; RB 3,11; 5,1; 6,2,5; 12,2; Tes 28; 2C 193; LM 3,5; LP 106; EP 71; TC 34.

⁶⁶ LM 2,4; cf 1C 14; TC 19.

⁶⁷ SalVir 13; textos citados: Gál 5,6; cf 1Jn 3,23-24; Flp 2,6-8

estas dos citas: «La Regla y vida de los frailes menores es ésta, a saber: guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (RNB1,1; cf 12,4); «El Altísimo mismo me reveló que debería vivir según la forma del santo Evangelio» (Tes 14). Por eso acierta Francisco. Al seguir sin glosa a Jesús simboliza el Reino, y, por tanto, lo exhibe.